

Encuesta latinoamericana: Roberto Fernández Retamar

Presentación

Volverse Caliban¹

Por Daniel Link

Roberto Fernández Retamar, director de la Academia Cubana de la Lengua, es uno de los nombres mayores de las letras novomundanas, tanto como poeta como por sus aportes a los estudios literarios latinoamericanos, que tienen un novísimo pero no por eso menos estratégico lugar en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, que hoy le otorga un título que honra a esta casa y la obliga, por eso, a un renovado compromiso en relación con el horizonte de problemas que hoy, más que nunca, nos interpelan en relación con lo latinoamericano.

Roberto Fernández Retamar nació en Cuba, donde comenzó por estudiar pintura y arquitectura. Pronto se cambió a humanidades y se doctoró en 1954 en Filosofía y Letras. Continuó su formación en La Sorbona y Londres y a fines de 1957, mientras estaba enseñando en Yale, le ofrecieron un puesto docente a partir de abril de 1959. Pero el triunfo de la Revolución (en enero de ese año) lo puso en otro lugar, como decisivo colaborador de la política cultural de la Cuba revolucionaria.

Roberto Fernández Retamar había sido jefe de información de la revista *Alba* desde 1947, había colaborado desde 1951 en *Orígenes*, ese «taller renacentista», como le gustaba decir a José Lezama Lima, donde aprendió a hacer revistas, había sucedido a Cintio Vitier como director de la *Nueva Revista Cubana* a partir de 1959, y había co-dirigido con Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y José Rodríguez Feo la revista *Unión*. Toda esa experiencia la volcó a partir de marzo de 1965 (cuando Haydee Santamaría le pidió que la dirigiera) en la revista *Casa de las Américas*, cuya influencia fue decisiva en el pensamiento latinoamericano a partir de entonces.

Si la Revolución fue decisiva para Roberto Fernández Retamar en sus

¹ *Laudatio* pronunciada en ocasión del otorgamiento del título de Profesor Honorario de la Universidad Nacional de Tres de Febrero a Roberto Fernández Retamar, el 3 de mayo de 2012.

facetas de teórico y crítico de la literatura latinoamericana, también lo fue en su actividad poética. Al respecto, ha recordado: “no fue sino hasta la Revolución Cubana, en 1959, que empecé a trabajar con ese idioma que había intuido, necesitado. La conmoción histórica y psicológica (¿cómo podría ser de otro modo?), que ha sido, que está siendo, este acontecimiento, y la violencia, la inmediatez de las cosas que me rodean, lo explican suficientemente”.

Me parece que esa declaración de 1968 a la revista *Trilce* dice mucho más de lo que parece: hay una violencia, dice Fernández Retamar, en el encuentro entre dos movimientos de diferentes velocidades (la política, la poesía) y de esa confrontación flamígera nace no sólo una cultura nueva (su posibilidad) sino también un arte desconocido, una lengua apenas entrevista que es, antes que un repertorio de unidades léxicas y una gramática, una intensidad pura, un campo magnético, la irrupción del acontecimiento y de lo contemporáneo.

Sabemos (en la estela de Benedict Anderson y Peter Sloterdijk) que lo nacional sólo puede entenderse como una ficción, como una “comunidad imaginada” e, incluso, como una comunidad imaginada de lectores. Sabemos también que los cánones literarios nacionales han sido puesto en crisis, primero, por las vanguardias históricas (internacionalistas en su fuero más íntimo, aunque su práctica demostrara lo contrario) y, en segundo término, por la globalización, en su doble vía: proceso de importación y exportación cultural, de mutua *transculturación*, proceso de descentramiento que genera excentricidad (una lógica cultural que se deja leer en los poemas y los textos ensayísticos de Roberto Fernández Retamar, profundo conocedor de la obra de Fernando Ortiz). De modo que sería posible desprenderse de la cáscara de los imaginarios nacionalistas (y de las lenguas nacionales) para soñarnos fundamentalmente contemporáneos, arrastrados por esas mismas intensidades puras y esos mismos campos magnéticos a los que Fernández Retamar hacía referencia.

La experiencia de la literatura que se deduce del dispositivo Retamar (o de una forma de la imaginación con la cual Fernández Retamar se relaciona) rechaza toda ilusión de confort hogareño: no hay patria, no hay lenguaje nacional, ni límites ni distancias. La literatura y sus fantasmas se mueven y se

colocan en un más allá respecto de las líneas de corte, de fisura, de ruptura que nos atraviesan y nos constituyen.

El tamaño de nuestra felicidad (de nuestra esclavitud, de nuestra pena) no se mide respecto de hipotéticos resultados de una guerra imperial, sino en relación con la errancia, la intermitencia, la renuncia y la intemperie. La comunidad que imaginan los libros de Fernández Retamar atraviesa las eras, los mares y los continentes: disuelve las arrogancias imperiales, los juegos de guerra y las políticas corporativas porque la imaginación novomundana no sigue ya las líneas de corte de Tordesillas, el Río Bravo o el Océano Atlántico, sino las líneas de fuga o de ruptura representadas por la persistencia de los arcaísmos americanos, los movimientos migratorios, los flujos de lo que vive en movimiento. Y así, de novomundana pasa a ser novomundista.

Un poco por eso, Fernández Retamar, cuando fundó el Programa de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos, insistió en que

aquella idea de Martí sobre Nuestra América que se extiende desde el Río Bravo hasta la Patagonia, ya hoy no puede mantenerse por la cantidad de latinoamericanos o descendientes de ellos en el seno de los EE.UU., una minoría considerable que va a crecer en el tiempo y se calcula que para mediados del siglo, la presencia latina o hispánica en los EE.UU. será ampliamente poderosa. La Casa de las Américas ha creado este Programa de Estudios porque se trata prácticamente de otro país de Nuestra América en el seno de los EE.UU.

Sabemos que la distancia entre “lo hispanoamericano” y lo “latinoamericano” es inmediatamente política, sin que queden dudas sobre el sentido de lo político: la continuación de una guerra o, si se prefiere, la realización en el plano de lo imaginario de una guerra. En esa guerra las potencias enemigas son Europa (que dice “Hispanoamérica”) y los Estados Unidos (que dice “Latinoamérica”), y nuestro subcontinente su escenario (o su botín). Se trata, por cierto, de una guerra imperial que no pretende eliminar la dicotomía “liberación o dependencia” sino decidir quién ocupara el lugar rector en las cosas de este mundo.

Pensar políticamente, para nosotros, ciudadanos de países novoamericanos, significa pensar ya no en términos de un dilema (“civilización o barbarie”, “liberación o dependencia”, “Ariel” o “Calibán”, etc...), sino en términos de un trilema, donde lo norteamericano, por la dinámica de los procesos migratorios y de la globalización, ocupa un lugar indisimulable. Como

Fernández Retamar reconoció con perspicacia en su momento, la situación no puede ser más promisorio, porque nos obliga a pensar soluciones nuevas, y nos obliga a imaginar el lugar de la literatura en un conjunto de tensiones que, hoy como ayer, se articula en tres lugares.

La misma historia cultural de América Latina nos enseña que la emergencia de esa unidad imaginaria (“lo latinoamericano”) no fue un acto puntual de descubrimiento sino un proceso paulatino de colonización. A partir de esta evidencia, cabría definir a la modernidad, aquí materializada en el Nuevo Mundo, no como el descubrimiento de lo nuevo sino como la integración operativa de lo disponible. Por ello, si analizamos el estado del campo latinoamericanista, su constitución y dinámica a la luz del nuevo orden mundial, no podemos menos que subrayar que, en lo que va del siglo, la variante que incluye a la “América norteamericana” se ha vuelto cada vez más decisiva, tal como Fernández Retamar lo predijo.

Sabemos desde Antonio Candido que lo hispanoamericano no hace sino reproducir una asimetría lingüística propia de las grandes potencias imperiales que se repartieron los territorios novomundanos: España y Portugal. Para nosotros, sería hoy prácticamente imposible sostener una comunidad imaginada que excluyera a Brasil (a su economía, a su cultura, a su literatura) o a los grandes teóricos de la colonización educados en las colonias francesas: *Aimé Césaire, Frantz Fanon*.

La unidad de lo latinoamericano (una unidad posnacional, podría decirse, una unidad “excéntrica”, una unidad no sintética de heterogeneidades) supone un punto de vista igualmente distante respecto de las grandes lenguas nacionales europeas y sus culturas. Consciente de esa dificultad (mejor dicho: *consciente de ese desafío*), Fernández Retamar ha sostenido siempre que *Una teoría de la literatura es la teoría de una literatura*, lo que explica que el estudio de las literaturas latinoamericanas no pueda realizarse a partir de la comodidad de un método heredado. No se trata de adoptar marcos teóricos y herramientas de análisis que intenten decirnos qué somos, sino más bien *en qué somos capaces de convertirnos*.

Creo que la perspectiva crítica de Fernández Retamar coincide, en ese sentido, con la de Silvano Santiago. La mayor contribución de América Latina

para la cultura occidental viene de la destrucción sistemática de los conceptos de *unidad* y de *pureza*, esos dos conceptos pierden el contorno exacto de su significado, pierden su peso abrumador, su señal de superioridad cultural, a medida que el trabajo de contaminación de los latinoamericanos se afirma y se muestra más y más eficaz.

Es en ese “entre-lugar” (propriadamente martiano y dariano) el que Fernández Retamar reconoció, en sus imprescindibles lecciones *Pensamiento de nuestra América*, a partir de la utopía descrita por Henríquez Ureña en 1925, a quien cita y retoma (y yo con él, con ellos):

Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa; si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre, y por desgracia esa es hasta ahora nuestra única realidad; si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la realidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación. Sería preferible dejar desiertas nuestras alti- planicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento.

El problema de América no es, pues, un problema de desarrollos (más o menos desaparejos), ni un problema de lenguas, ni un problema de razas (Retamar ha citado varias veces el aforismo martiano: “No hay odio de razas, porque no hay razas”), sino un problema de pueblo, porque es propio de la función fabuladora inventar un pueblo.

No escribimos con los recuerdos propios, salvo que pretendamos convertirlos en el origen o el destino colectivos de un pueblo venidero todavía sepultado bajo sus traiciones y renunciaciones. La literatura latinoamericana tiene ese poder excepcional de producir escritores que pueden contar sus recuerdos como si fueran los de un pueblo universal compuesto por los emigrantes de todos los países. El objetivo último de la literatura es poner de manifiesto esta invención de un pueblo, es decir una posibilidad de vida. Se escribe por ese pueblo que falta («por» significa menos «en lugar de» que «con el deseo de»).

Los componentes identitarios propios de nuestra América, nos recuerda Fernández Retamar, no están sólo en el pasado, no son recuerdos inmemoriales que participen de la celebración folclórica, sino que resuenan en una vasta conversación que debemos asumir como parte de nosotros: el “pueblo nuevo”, en la terminología de Darcy Ribeiro, o el “pueblo que falta” nos obligan a volvernos nosotros mismos un poco indios, un poco negros, un poco

chinos. Martiano hasta las últimas consecuencias, Fernández Retamar insiste en que hasta que no se haga andar al indio no andará bien América.

Puesto que somos un "continente intervenido" (la formulación es de Antonio Candido), toca a la literatura latinoamericana y a los estudios latinoamericanistas que hoy estamos homenajeando en la ilustre persona de Roberto Fernández Retamar extremar las precauciones para no dejarse arrastrar por los instrumentos y valores de culturas que, aunque amadas, sólo pueden devolvernos una imagen cadavérica de nosotros mismos.

José Lezama Lima, cuando se refirió, con su prosa soberbia, a la "Imagen de América Latina", asoció la imagen con la fiebre ("fiebre de la imago") y sostuvo una distancia entre culturas e imágenes: "Las culturas van hacia su ruina, pero después de la ruina vuelven a vivir por la imagen". Es por eso que la imaginación funciona como "principio de reconocimiento" y necesita, al mismo tiempo del tacto (la imagen es táctil) como punto de producción de diferencias.

Como hemos recordado antes, desde que América Latina existe como unidad imaginaria ha constituido el campo de batalla de los centuriones de la modernidad capitalista. La doctrina Monroe, en verdad ideada por el oscuro John Quincy Adams, y su Corolario Roosevelt (1904), justificaron, a partir del lema "América, para los americanos" las sucesivas y cada vez menos elegantes intervenciones norteamericanas en su área de influencia y, al mismo tiempo, el vago ideario del "panamericanismo" que, aunque hoy ya no se pronuncie, sigue operando en diferentes niveles de la geopolítica continental.

En plena guerra entre Estados Unidos y España, Rubén Darío se pronunció, en un texto titulado "El triunfo de Caliban" contra la doctrina Monroe, contra "los búfalos de dientes de plata" y "los aborrecedores de la sangre latina", a los que llama calibanes. Caliban, como se sabe, es un personaje en *La tempestad* de Shakespeare. Grosero, primitivo, salvaje, Caliban está esclavizado por Próspero, cuyo otro sirviente, Ariel, se identifica más con lo espiritual y lo estético.

Darío identifica a los Estados Unidos con el monstruo americano ("Caliban" viene de "caníbal", que a su vez viene de "caribe": *malas audiciones* que la historia nos devuelve) y sentencia: "no puedo estar por el triunfo de

Caliban". Entre los Estados Unidos y España (que "no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce"), se queda con España ("la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América"). Contra la doctrina Monroe, Darío enarbola la doctrina Sáenz-Peña, "el argentino cuya voz en el Congreso panamericano opuso al *slang* fanfarrón de Monroe una alta fórmula de grandeza continental". "Sea la América para la humanidad", propuso Roque Sáenz Peña en la Conferencia Internacional Americana de 1890.

Fernández Retamar se ha detenido con persistencia en la misma imagen y ha señalado que no vivimos en épocas de fundación (no vivimos el tiempo de Darío, ni el de Groussac, ni el de Rodó), sino en épocas de integración operativa de lo disponible.

En contra de aquella identificación del bruto Caliban con la potencia de la máquina capitalista, él ha propuesto que

Nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Caliban. Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Caliban: Próspero invadió las islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a Caliban y le enseñó su idioma para entenderse con él: ¿Qué otra cosa puede hacer Caliban sino utilizar ese mismo idioma para maldecir, para desear que caiga sobre él la «roja plaga»?

"No conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad", concluye Roberto Fernández Retamar, y se pregunta: "¿Qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Caliban?"

Debemos encarnizarnos en llegar a ser negros, indios, chinos, calibanes y no en *descubrir que lo somos*, abrazando su causa, haciendo pueblo con su *mal-dicción* (que es correlativa de una *mala audición* primera). Esto, que Roberto ha explorado en sus textos teóricos y críticos, en su incansable labor cultural, es también algo que alimenta su poesía. Por eso, entre otras cosas, lo reconocemos como nuestro maestro.

Buenos Aires, mayo de 2012

Encuesta

Por Valentín Díaz

1. En la conferencia leída en la Universidad de Tres de Febrero, en su último viaje a Buenos Aires, usted se refirió al surgimiento y las sucesivas reformulaciones sufridas por su Caliban. ¿Cuál es la vigencia y qué reformulaciones reclama hoy la perspectiva que ofrece Caliban?

La figura de Caliban parece moverse según una dinámica histórica, política y por eso es capaz de encontrar siempre formas nuevas de vigencia. Cuando escribí mi ensayo "Caliban", el mundo vivía en plena Guerra Fría entre los que eran llamados países del Oeste y países del Este. Si bien esa oposición ha desaparecido, y dado que en muchos de sus aspectos se mostró como una oposición no del todo diametral, resulta coherente que lo que hoy le dé vitalidad al concepto sean las evidentes pugnas entre los que llama países del Norte y países del Sur.

2. El recorrido que puede leerse, por ejemplo, en *Todo Caliban* permite ver de qué modo el problema de Caliban funcionó como respuesta a las diferentes formas que adquirió la relación entre Modernidad y América Latina. ¿Qué modos de Modernidad pueden reivindicarse hoy desde América Latina en las nuevas caras que adquiere Caliban?

Al evaluar el recorrido del concepto, no puedo dejar de pensar que la Modernidad se remite a 1492, es decir, a la segunda llegada de europeos a lo que iba a ser llamada América. Al mismo tiempo considero que ese proceso no terminó. Caliban, por lo tanto, puede seguir funcionando en tanto las características propias de esa Modernidad se mantengan. En este punto, dado que el concepto debió atravesar el debate durante la década del 80 entre Modernidad y Postmodernidad, siempre entendí que esta última no es sino un capítulo de la Modernidad. Caliban es efecto de esa Modernidad de largo aliento, es efecto de la colonialidad y por lo tanto es una figura de ese mismo combate moderno, cuya forma hoy tiene la de un combate entre una Modernidad del Atlántico Norte y otra, distinta, de un eje Sur.

3. En la mencionada conferencia de Buenos Aires usted se refirió a Lezama Lima. En los últimos años su *Obra Completa* ha sido reeditada en Cuba. ¿Cuál diría que es hoy el lugar que Lezama Lima ocupa en el contexto cubano? ¿En qué sentido es posible hablar de la contemporaneidad de Lezama?

La reedición de la obra de Lezama Lima es un síntoma más de que su nombre ha trascendido largamente el contexto cubano. Podemos decir que el contexto para pensar la obra de Lezama es el mundo, y por eso me parece evidente la contemporaneidad de su obra.

4. Me gustaría introducir el tema del Barroco. ¿Puede pensarse en Caliban como “personaje conceptual” barroco? ¿Qué balance puede hacerse hoy de la íntima y variada relación que Cuba ha tenido con el Barroco?

Haciendo un balance de esa íntima y variada relación que ha tenido Cuba con el Barroco, quizá, como se trasluce en la pregunta, pueda pensarse en Caliban como un personaje conceptual barroco. Sin embargo, mi interés por los grandes autores del barroco cubano, por Alejo Carpentier y José Lezama Lima, se dio siempre al margen de esa filiación barroca. No era lo que más me interesaba de sus obras, y no sé si hoy esa filiación es corriente en nuestra literatura. Por ejemplo, Lezama, sin duda cabeza del grupo Orígenes, no transmitió su barroquismo a los otros integrantes del grupo. Pienso en escritores tan representativos como Virgilio Piñera, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Cintio Vitier o Fina García Marruz. Sí, en cambio, a Severo Sarduy, a quien los escritores cubanos, sobre todo los jóvenes, estiman en alto grado. En todo caso, al escribir el ensayo sobre Caliban no lo consideré un concepto barroco, pero lo cierto es que el personaje es poliédrico, y sobre él pueden o deben aceptarse nuevos criterios, y desde ya, nuevas localizaciones.

5. ¿Cuáles son los desafíos (políticos, metodológicos) que enfrenta la literatura comparada, hablando “desde Caliban”?

Hace años publiqué un libro llamado *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Allí abordé la ardua cuestión desde la perspectiva de “Caliban”, y llamé la atención sobre el hecho de que la literatura comparada entonces al uso se valía del concepto “influencia” con criterio colonizador. Creo que hay otra manera de enfocar la literatura comparada, vinculada a

pensar los textos supuestamente “influenciados”, derivados, como dotados de una capacidad canibalesca.

6. Teniendo en cuenta el lugar central que, desde la Revolución, ocupó Cuba en América Latina y los sucesivos capítulos de esa historia, ¿cómo definiría el lugar actual de Cuba, en función de las nuevas orientaciones políticas de algunos de los gobiernos latinoamericanos? ¿Qué evaluación hace de estos procesos?

Durante muchos años Cuba estuvo aislada de los demás países de nuestra América. De hecho, solo México mantuvo relaciones diplomáticas con ella. La situación ha cambiado radicalmente. En la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños hay regímenes progresistas, y tales regímenes ven con simpatía la Cuba revolucionaria. Creo que desde la primera independencia en el siglo XIX no se había vivido una experiencia similar, que me hace sentir optimista.